

LA MISA DE LOS ENFERMOS

(1)
P. Miguel Selga S.J.
Desde la clínica.

Para los que durante toda su vida han gozado de salud es muy angustioso verse trasladados a un hospital o aposentados en una clínica. Por muelle que sea la cama, siempre es lecho del dolor: por magnífico que sea el edificio no deja de ser morada habitual de sufrimiento. Por exquisitas que sean las atenciones prodigadas por el servicio técnico, el recuerdo de la familia y el cariño a los parientes polariza siempre el corazón y la memoria del enfermo. En las salas de los hospitales, qué lentas se deslizan las horas entre dolor y dolor! En las habitaciones sombrías de las clínicas que densas aparecen las nieblas que ofuscan la serenidad del paciente! Las olas de angustia que oprimen el corazón de un enfermo en los días que preceden una operación no son menos encrespadas que las que suscitan en la mente del paciente el temor de complicaciones postquirúrgicas o el agotamiento evidente de una convalecencia dudosa. Qué tensión produce en los nervios del enfermo el más leve ruido producido inconscientemente en las dependencias del establecimiento! Que significado misterioso de ultratumba se atribuye al silencio que los facultativos prescriben para el alivio y descanso del enfermo! En la soledad del hospital y de la clínica, cuántos espíritus acaban por reconocer que han surcado el mar de las olas, sin la brújula orientadora de la fe y sin el ancla mantenedora de la esperanza! Cuántas personas, acostumbradas a dar la preeminencia a los valores espirituales, echan de menos en los hospitales aquel ambiente de piedad y devoción, que en los días de su entera salud constituía el aura vital que alentaba su espíritu en las luchas de la vida! Cuántas personas sepultadas en el abismo del dolor ansían ponerse al habla con el Supremo Hacedor, en demanda de socorro y alivio!

(3)
das por un predicador invisible, invisiblemente transmitidas hasta el espíritu mismo caen sobre el corazón del enfermo como rocío matutino que refrigera y vigoriza las energías marchitadas por las continuas angustias y dolor de la semana. Cuántos enfermos elevan sus ojos al cielo en actitud de adoración, cuando el sonido

(4)
misterioso de la campanilla indica que ha llegado el momento de la elevación! Enternece ver cómo muchos enfermos instintivamente, como si estuvieran en la iglesia a 5 metros del sacerdote, se golpean en la iglesia a cinco tres veces el pecho, cuando la

Pasa a la pág. 12

(2)
Esta oportunidad se ofrece todos los domingos, a las 10 de la mañana, a cada enfermo de la ciudad de Barcelona, así a los que están en las salas de los hospitales y habitaciones de las clínicas, como a los que permanecen en sus casas, acomodados en una silla o prostrados en el lecho del dolor. La radio emisora Barcelona se acuerda de los enfermos: todos los domingos y días de precepto, a las 10 de la mañana, corta el paso a las ondas de regocijo y alegría y vibrando al unísono con el corazón de millares que sufren hace llegar al espíritu de los enfermos el balsamo que destila la cruz del calvario y la celebración de la santa misa. Desde los primeros días del resurgimiento nacional, los Jesuitas de la iglesia del Sdo. Corazón, Barcelona, todos los domingos a las 10 de la mañana celebran una misa especial, rezada, y servida por treinta niños de voces angelicales: las ondas de la radio emisora Barcelona transmiten a los enfermos las preces de la liturgia, la lectura de la epístola y evangelio con castellano, las respuestas sincronizadas de los treinta angelicales monaguillos y los tintins de la campanilla. Da devoción ver cómo el enfermo en su clínica instintivamente se santigua al mismo tiempo que el sacerdote, que tal vez a varios kilómetros de distancia principia la misa o comienza la lectura del evangelio. Con qué atención oye el enfermo la exhortación clara, sencilla, pausada con que después del evangelio otro sacerdote declara la homilía del día o explica las verdades del cristianismo! Aquellas palabras evangélicas, pronuncia-